

CONCIENCIA MORAL EN LOS PERSONAJES DE LA ENEIDA

Virgilio, considerado en la encrucijada de dos épocas, la pagana y la cristiana, recordado como visionario de un mundo nuevo y amado por su humanismo siempre vigente, nos subyuga hoy, a dos mil años de su muerte con la misma fuerza con que atrajo a Augusto cuando oyó de labios del propio Virgilio la lectura de los cantos II, IV y VI de la Eneida aún incompleta; y nos emociona, aun cuando por motivos distintos, como según cuenta la tradición, emocionó a Octavia al escuchar aquellos versos memorables del libro VI en los que el poeta rinde su homenaje al infortunado joven Marcelo (v.882-886), e hizo llorar a San Agustín, cuatrocientos años después, al leer el episodio de los amores de Dido y Eneas.

La obra del mantuano se nos presenta como un corpus unitario en sus distintos niveles y cuya culminación es la obra de su madurez: la Eneida. En dos mil años de tradición ha sido estudiada e interpretada desde distintos enfoques y se ha exaltado uno u otro aspecto, lo que es suficiente muestra de la perennidad de los valores plasmados por el poeta en su obra.

Virgilio, en la Eneida, le ha dado un soplo vivificante a personajes que en la tradición anterior tan sólo eran nombres descarnados e inertes y con ellos creó la epopeya de Roma elegida por el *Fatum* como civilizadora ecuánime capaz de brindar la paz a los pueblos heridos por incomprensibles luchas.

Como auténtico humanista, el hombre con todos sus interrogantes se inserta en su obra con una inquietud vivificadora de búsqueda. En las eternas preguntas ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué son las cosas? el hombre se encuentra a sí mismo como realidad interior, halla su propia conciencia, y por medio de un esfuerzo interior activo se va formando la conciencia moral, el reconocimiento del deber como ley interior, la participación y responsabilidad del hombre en sus propios actos, su voluntad como engendradora del bien o del mal.

¿En los personajes de la Eneida hay conciencia moral? ¿Se repliegan sobre sí mismos para reflexionar sobre la responsabilidad de su acción? ¿Tienen noción del pecado como culpa voluntaria? Trataremos de dar una respuesta a estas preguntas.

Rodolfo Mondolfo señaló el error cometido por aquellos que niegan al pensamiento antiguo la presencia del sentido del pecado y de la noción

de progreso, y de quienes caracterizan el espíritu de la antigüedad clásica como totalmente opuesto al cristiano y moderno.(1) Si Mondolfo demuestra que tales conceptos no son extraños a todo el pensamiento antiguo, podrán estar presentes en el poeta mantuano quien, como dijimos al principio, ha sido considerado la unión entre el mundo pagano y el cristiano, y, al decir de Teodoro Haecker un "anima naturaliter christiana". (2)

En el fatalismo del mito del eterno retorno como en la concepción de la providencia estoica, que inspira a Virgilio en su creencia del *fatum*, es difícil determinar el grado de responsabilidad humana en sus actos, se plantea el conflicto entre fatalismo y libre albedrío, libertad y determinismo.

Nuestro análisis de la conciencia moral de algunos personajes de la Eneida comenzará aceptando como premisa aquellas palabras de Júpiter en la asamblea de dioses, selladas por un juramento sagrado:

..... sua cuique exorsa laborem
fortunamque ferent; rex Iuppiter omnibus idem.
Fata uiam inuenient

(Eneida, X, 111-113)

Sus obras den a cada uno el infortunio o la fortuna; Júpiter es el mismo soberano para todos. Los hados hallarán el camino.

Las tres proposiciones breves se suceden una a otra con carácter de sentencia, ningún adjetivo, ninguna palabra de más, los sustantivos son claros y suficientemente expresivos para subrayar el sentido. Tomemos uno de esos sustantivos *exorsa* (de *ex - ordior*) El primitivo *ordior* tiene como sentido primero urdir una trama, comenzar a tejer, después por extensión y acercamiento a *orior* se acentuó el sentido de emprender, comenzar, sobre todo comenzar a hablar.(3)

En el verso III el sustantivo mantiene toda la fuerza de su acepción primitiva, el hombre que realiza la urdimbre de su propia vida, teje los hilos de su destino.

En estos tres versos se resuelve la antinomia *fatum* -libre albedrío, hay un *Fatum* último, inexorable, pero en él se encuentra la suficiente flexibilidad para que cada uno encuentre su salvación mediante sus actos. *Rex Iuppiter omnibus idem* es la justicia divina. Partimos pues de la afirmación de Teodoro Haecker a la que adherimos:

"Esta es la plenitud de la humanidad virgiana: no temer la aparente paradoja, reverenciar el misterio, es decir creer en el *fatum* divino sin perjuicio de la libre voluntad y de la responsabilidad del hombre, y este doble misterio es cumplido por el Cristianismo en el *beneplacitum* del Dios trino, que es espíritu y vida, en un *beneplacitum Dei* inescrutable, inaccesible como el antiguo *fatum*, pero no oscuro a

causa de la noche, sino oscuro a causa de la luz, no causante del dolor por capricho, sino por sabiduría, no sólo justicia perfecta, sino fuego y llama de amor".(4)

Las criaturas virgilianas son por lo tanto libres y responsables de sus actos aun respetando el misterio del *fatum*.

Tomaremos algunos personajes en los que se revele una toma de conciencia de su propio yo y se erijan en jueces de sus actos. Comenzaremos por los pertenecientes a tribus del Lacio para concluir con el héroe de la epopeya, Eneas.

LATINO

Latino, como Eneas, tiene sus propios fata y está siempre atento a las señales divinas, sabe que debe develar el misterio y por lo tanto es consciente de que tiene que cumplir una ley sagrada y moral que por la función que cumple, conductor de hombres, se relaciona con su mundo socio-político: brindar bienestar, paz y felicidad a su pueblo. Para ello necesita de la ayuda divina a la cual recurre: el oráculo de Fauno le había anunciado un yerno extranjero, que daría la gloria a su pueblo, él debía por lo tanto actuar de manera de cumplir esos designios; designios que se cumplirán inexorablemente, pero que por una culpa de la cual él posee una lucidez total, y por un juego complejo de intereses, van a realizarse sobre el sacrificio, el dolor y el horror de la guerra.

Cuando se presenta la embajada de Eneas, Latino escucha atento las palabras de Ilioneo y se queda en una actitud reflexiva, de introspección. Los pensamientos que bullen en su mente nada tienen que ver con el cálculo, los intereses personales, las riquezas ni el poder. Piensa en cumplir con se imperativo moral del que él es plenamente responsable, debe buscar el bien de su pueblo y cree hallarlo en ese caudillo Troyano cuyos fata coinciden con los de él (Libro VII, 249-260).

La decisión no es apresurada, surge de un examen de conciencia y la alegría que experimenta, *tandem laetus ait* (VII, 259), emana no del placer que espera la recompensa, sino de la verdadera alegría de un deber cumplido.

Latino promete su hija Lavinia a Eneas, pero la ira de la reina Amata, que no se resigna a entregar su hija, ofrecida a Turno, al caudillo troyano, a quien considera un intruso, y su alianza con el joven Turno prenden la llama de la guerra. Desde este momento el espíritu del anciano rey es desgarrado por el amor a los suyos a quienes no logra convencer y el dolor surgido del incumplimiento del deber moral. Hay en él un recogimiento interior y se erige en tribunal de sus propios actos. Su conciencia moral siempre despierta evoluciona desde considerarse a sí mismo inocente de tantos males hasta la angustia de la noción de su culpa ante un hecho que

lo sacude hasta la desesperación: el suicidio de su esposa. ¿Cuál es la culpa que confiesa? Su debilidad por la que merece sus sufrimientos. En ningún momento duda de cuál es su deber, no tiene la suficiente fuerza de voluntad para llevarlo a cabo.

Veamos este proceso. La guerra ya está desatada, nada puede hacer él para detenerla, entonces exclama ante su pueblo convulsionado:

“Frangimur heu fati” inquit “ferimurque procella!
Ipsi has sacrilego pendetis sanguine poenas,
o miseri. Te, Turne, nefas, te triste manebit
supplicium uotisque deos uenerabere seris.
Nam mihi parta quies, omnisque in limine portus
funere felici spoliior”.

VII, 594-600

“ ¡Ay, los hados nos quebrantan, la tempestad nos arrolla! Con vuestra sacrilega sangre pagaréis, oh míseros, ese atentado. A ti, oh Turno, te está reservado un lastimoso desastre y con tardíos votos implorarás a los dioses. Yo, por mí, tengo asegurado mi sosiego; a la vista está el puerto de todas mis esperanzas, sólo pierdo una muerte feliz.”

Hay dolor por su impotencia, pero culpa a su pueblo y a Turno de provocar la tempestad, error que deberá ser expiado con sangre.

El se siente en paz consigo mismo aunque no pueda terminar feliz sus días.

Todo el fragmento tiene una gran belleza: el verso 594 con su aliteración de vibrantes en combinación con sonidos guturales (**frangimúr-ferimúr**) imita el fragor de la lucha que se transforma en tempestades del corazón con la aliteración de u y la onomatopeya doliente **heu**. **Frangimur, ferimur**: somos fracturados y heridos interiormente. El verso siguiente cuyo sentido se encabalga con el 596 tiene simetría. Su centro acentual y de sentido coincide con el centro del verso **pendetis** que toma el sentido de tener peso, pero pesar mentalmente, es decir suplicio moral.(5) Tormento que debe sufrirse por **has poenas**, deuda sagrada que debe pagarse con **sacrilego sanguine**, sangre impía. Los dos adjetivos delante, los dos sustantivos detrás del verbo en perfecta correspondencia:

Ipsi has sacrilego pendetis sanguine poenas

A estos sacrilegos males que producirá a los culpables sufrimiento se opone el estado de paz interior de Latino. Las palabras que evocan la tortura moral son muchas: **frangimur, ferimur, heu, pendetis, poena, miseri, triste, supplicium**, y a ellas se opone con fuerza arrolladora una sola, **quies**, que sintetiza el estado de paz interior del viejo rey. **Quies** es el reposo, la calma que pueden proceder del sueño, la muerte o la paz interior.(6) Aquí

evidentemente paz interior por el deber cumplido ya que exteriormente la tormenta de la guerra acecha tristemente. Su voluntad no resiste y él abandona las riendas del gobierno.

A medida que ve la muerte y el terror, Latino ya no se siente tan seguro de que no hay ninguna culpa en él. Durante la tregua de doce días sabe que debe tomar una decisión y el dolor lo hostiga no sólo por las innumerables pérdidas humanas sino también porque es consciente de que ha cometido un error y no por ignorancia o falsas interpretaciones sino por falta de voluntad:

Deficit ingenti luctu rex ipse Latinus.
Fatalem Aenean maniesto numine ferri
admonet ira deum tumultique ante ora recentes

XI, 231-233

A esta nueva, desfallece de dolor el rey Latino: la ira de los dioses y tantos túmulos recientes, levantados ante sus ojos, le demuestran que Eneas es en efecto el verdadero dominador que traen los hados a Italia.

Concilium ipse pater et magna incepta Latinus
deserit ac tristi turbatus tempore differt
multaque se incusat, qui non acceperit ultro
Dardanium Aenean generumque adsciuerit urbi

XI, 469-472

El mismo rey Latino abandona el consejo, y conturbado con las calamidades de los tiempos, aplaza aquellas grandes deliberaciones. Acúsase agriamente de no haber acogido de buen grado al dardanio Eneas asociándolo en calidad de yerno a su imperio.

Se abre el libro XII mostrando los espíritus conturbados: Turno que quiere precipitarse a la lucha y Latino que intenta detenerlo. El rey ya aquí demuestra la lucidez surgida de un examen de conciencia: su deber de político que debe proteger a su pueblo era entregar a su hija a Eneas, pero sabe que ha sido débil, que el amor a Turno y a su esposa lo han vencido. La norma moral y sagrada no ha sido cumplida y su consecuencia es el sufrimiento como castigo. El remordimiento lo atormenta, él ha pecado no por error involuntario sino por propia decisión, él es el responsable:

“me natam nulli ueterum sociare procorum
fas erat, idque omnes diuique hominesque canebant.
Victus amore tui, cognato sanguine uictus
coniugis et maestae lacrimis, uincla omnia rupi:
promissam eripui genero, arma impia sumpsi.
Ex illo qui me casus, quae, Turne, sequantur

bella, uides, quantos primus patiare labores.
Bis magna uicti pugna uix urbe tuemur
spes Italas; recalent nostro Thybrina fluenta
sanguine adhuc compique ingentes ossibus alben.
Quo referor totiens? quae mentem insania mutat?

XII, 27-37

“No me era lícito unir mi hija a ninguno de los antiguos pretendientes; así me lo decían a una los dioses y los hombres. Vencido del amor que te profesó, vencido del parentesco que nos une y del llanto de mi afligida esposa, rompí todos los lazos y arrebaté a mi futuro yerno Eneas la esposa que le había prometido, y moví contra él impía guerra. Viendo estás, ¡oh Turno! , cuántos duros trances, cuántas guerras me ha acarreado aquella resolución; cuántos afanes te cuesta a ti primero. Dos veces vencidos en recia batalla, apenas guardamos seguros de esta ciudad las esperanzas de Italia; todavía están calientes con nuestra sangre las aguas del Tíber, y las dilatadas campiñas blanquean con nuestros huesos. ¿A qué recuerdo esto tantas veces? ¿Cuál locura tuerce así pensamientos?

El discurso, dirigido a Turno, tiene una clara relación de causa y efecto:

Versos 27-28: conciencia del deber

Versos 29-31: Incumplimiento- causas que lo provocaron- culpa.

Versos 32-36: Primer efecto de la culpa: la muerte de numerosos hombres de su pueblo.

Verso 37: Segundo efecto de la culpa: castigo inmanente: el remordimiento.

En este proceso que sigue la conciencia moral de Latino hay una gradación ascendente que encuentra su climax en la actitud asumida por el anciano ante el cuerpo sin vida de su desventurada esposa:

Demittunt mentes; it scissa ueste Latinus
coniugis attonitus fatis urbisque ruina,
canitiem immundo perfusam puluere turpans.
multaque se incusat, qui non acceperit ante
Dardanium Aenean generumque adsciuerit ultro.

XII, 609-613

Acude el rey Latino, rasgadas las vestiduras, anonadado a la vista del cruel destino de su esposa y de la ruina de la ciudad, y cubriendo de inmundo polvo su cabellera cana, se acusa una y mil veces de no haber acogido antes al dardanio Eneas, y de no haberlo, de grado, admitido por yerno.

Su propia culpa ha cobrado la víctima más querida, su esposa, y el arrepentimiento es total. Los versos 612 y 613 repiten la construcción de los versos 471-472 del libro XI, pero en este último pasaje se vuelcan con mayor fuerza expresiva.

AMATA Y MECENCIO

El tratamiento de estos dos personajes difiere del de Latino, su conciencia moral sólo despierta al final, en una situación límite, ambas referidas a la muerte de un ser querido: la presunta muerte de Turno en Amata y la visión del cuerpo exánime de su hijo en Mecencio. Ambas tienen la misma consecuencia: el suicidio, ya que también podemos considerar suicidio el de Mecencio que herido se lanza a una lucha ciega donde sabe que no tiene posibilidades de salvación.

Amata, la reina, es poseída por la furia Alecto, pero esto no quita la responsabilidad a sus acciones. Alecto es la imagen de la tentación, y así como el llamado divino sólo es escuchado por las voluntades férreas y expectantes a sus reclamos, la tentación prende con más facilidad en los pechos débiles y en aquellos sumidos en la desesperación. Poco cuesta a Alecto infectar el pecho de la reina con su ponzoña pues ella ya está predispuesta a recibirla. Cuando llega la furia, la reina está presa de humanas pasiones: el desengaño, la ira y la angustia de ver frustrados sus propósitos.

*Exim Gorgoneis Alecto infecta uenenis
principio Latium et Laurentis tecta tyranni
celsa petit tacitumque obsedit limen Amatae,
quam super aduentu Teucrum Turnique hymenaeis
feminae ardentem curaeque iraeque coquebant.*

VII, 341-345

Desde este momento, Alecto, infecta de veneno gorgóneo, volando va primeramente al Lacio y al excelso palacio del rey laurentino, y asedia tenaz el callado umbral de Amata, la cual, con motivo de la llegada de los Teucros y del casamiento de Turno, ardía en iras femeniles, y las cuitas la tenían abrasada.

El análisis del último verso nos permitirá reiterar el concepto anterior: Amata cae en la tentación porque ya estaba propensa a ello. La idea de convulsión interior está dada por el verbo *coquo* (cocer en sentido físico y moral) y el participio en el que recae la atención por su doble acentuación *ardentém*, del verbo *ardeo*, derivado de *areo*: estar en el fuego. La aliteración de oclusivas y vocales guturales: *cu, que (qui por la sinalefa), que, co, que* imitan la ebullición de la cocción, que semeja el estado aními-

co de la reina. Esta efervescencia de pasiones es propensa a la tentación y a la caída: *feminae ardentem curaéque iraeque coquébant* (10).

Los acontecimientos no darán tregua a su dolor. Al comienzo del libro XII la vemos acongojada por la suerte de Turno, pero todavía no despierta su conciencia de culpa. Si desea seguir la suerte de su querido yerno aun en la muerte es porque no soporta la idea de verse emparentada con Eneas, lazo familiar al que considera un cautiverio (L.XII, 54-63).

Recién cuando cree que Turno ha muerto siente la desesperación de la culpa y se suicida. La causa del suicidio no coincide con su promesa anterior, no se mata por acompañar a Turno en su suerte, ni por no verse emparentado con Eneas, sino por no poder soportar el peso de su conciencia culpable: su pecado engendra el propio sufrimiento y el de los demás, siente remordimientos y lo confiesa, pagará su pecado con la muerte:

*infelix pugnae iuventem in certamine credit
extinctum et subito mentem turbata dolore
se causam clamat crimenque caputque malorum,
multaque per maestum demens effata furorem
purpureos moritura manu discindit amictus
et nodum informis leti trabe nectit ab alta.*

XII, 599-603

Infeliz cree al joven muerto en colisión, y, conturbada su mente de la pena súbita, a voz en cuello dice que ella es causa, culpa y principio de los males; en el paroxismo de su dolor, largamente se lamenta; decidida a morir, con su mano rasga su purpúreo manto, y en una alta viga cuelga el lazo de su fea muerte.

Mecencio: En este personaje el desarrollo de su conciencia moral se da en forma semejante a la de Amata: un gran dolor los recoge sobre sí mismos y en su interioridad encuentran al juez de sus actos, pero Mecencio es un personaje mejor trabajado en este sentido: hay en él una total conversión en el plano espiritual. El episodio de su muerte da majestuosidad al final del libro X.

A Mecencio lo acompaña el epíteto de *contemptor divum*, despreciador de los dioses, es por lo tanto el símbolo de la impietas, se opone en este sentido al Pius Aeneas. Pero uno de los sentimientos que está dentro del concepto de *pietas*, el amor paterno, va a ser tan intenso en él que logrará su arrepentimiento y a través de éste su enmienda. El amor paterno logra la expiación y el arrepentimiento que purifica al personaje y lo rescata para la causa del Bien. La redención es alcanzada por el arrepentimiento, sentir que acerca a Virgilio a la doctrina judeo-cristiana. Recordemos la imagen de la implorante y llorosa María Magdalena. Esta influencia del judaísmo en Virgilio es expresada y demostrada por L.J. Quintela Ferrero en sus notas sobre el libro IV de la Eneida donde dice: "En efecto la

obra toda de Virgilio expresa un importante cruce de judaísmo y helenismo en la Antigüedad, la Eneida es su mejor explicación, el libro IV, su libro fundamental". (7) Habla de la posible influencia en Virgilio de los Cantos Sibilinos Judaicos y de los mitos mesiánicos y escatológicos del oriente.

Aurelio Espinosa Polit señala la originalidad virgiliana y su expresión de sentimientos cristianos: "No solamente es susceptible la poesía de Virgilio en su integridad de interpretación cristiana, de compenetración con el espíritu cristiano, sino que hay en ella concepciones tan exclusivamente cristianas, que, si no se las explica con un criterio asimismo genuinamente cristiano, no se penetra en la intención del poeta, y aun se llega a falsearla por completo".(8)

De acuerdo con la división tripartita señalada por George Duckworth al episodio de la muerte de Mecencio corresponden las siguientes partes: a) aristeia de Mecencio, b) muerte de Lauso, c) muerte de Mecencio.(9) Las tres partes se encadenan en una relación de causa-efecto: la aristeia de Mecencio concluye cuando Eneas lo hiere y esto provoca la heroica intervención de Lauso traspasado de piedad filial que lo lleva a la muerte y la muerte del hijo es lo único capaz de humanizarlo a través del dolor expiatorio y redentor. Cuando ve el cuerpo de su hijo sin vida, se abraza a él y desesperado gime. El dolor lo ha transformado, su alma se ha desgarrado, recién recapacita, hace un examen de conciencia y siente el peso de sus actos culpables. En una actitud de plegaria, con las manos tendidas al cielo, realiza su confesión:

"Tantane me tenuit uiuendi, note, voluptas,
ut pro me hostili paterer succedere dextrae
quem genui? Tuane haec genitor per uolnera seruor
morte tua uiuens? Heu, nunc misero mihi demum
exilium infelix! nunc alte uolnus adactum!
Idem ego, nate, tuom maculaui crimine nomen,
pulsus ob inuidiam solio sceptrisque paternis.
Debueram patriae poenas odiisque meorum:
omnis per mortis animam sontem ipse dedissem! "

X, 846-854

"¡Tanto me subyugaba el amor de la vida, que consentí, hijo mío, que tú, a quien engendré, cayeses por mí bajo una diestra enemiga! ¡Por esas tus heridas me he salvado yo, tu padre, y por tu muerte vivo! ¡Ay misero de mí, ahora sí que lamento mi destierro, ahora sí que es profunda mi herida! ¡Yo mismo, hijo mío, yo mancillé tu nombre con mis crímenes; yo, arrojado por el odio de los míos del solio y del imperio de mis padres! Debido era mi castigo al odio de mi patria y de los míos y ¡ah! de buena gana hubiera sacrificado con todo linaje de muertes mi culpable vida".

En esta confesión encontramos el arrepentimiento redentor y una concepción cristiana de expiación.

Sin su hijo la vida no interesa a Mecencio, además debe enmendar sus males, debe pagar su culpa, por eso toma una decisión heroica, abandonará la vida. Pide su caballo y después de hablarle se lanza en loca carrera hacia la muerte. Sabe que perecerá, pero también es consciente de que sólo así hallará la paz. Antes de expirar pide a Eneas compartir el sepulcro con su hijo, y aunque se da cuenta de que no podrá obtener el perdón de los suyos, hay en su súplica desesperada el deseo de ser perdonado:

..... Scio acerba meorum
circumstare odia: hunc, oro, defende furorem

X, 904-905

Sé que me rodean los odios acerbos de los míos, pero te pido: libérame de este furor.

Amor paterno, dolor, arrepentimiento, remordimiento, confesión, expiación, anhelos de perdón y de compartir eternamente el destino del hijo redimen al personaje y nos muestran a un Virgilio con amplio sentido humano y de una exquisita sensibilidad que intuye los valores sustentados por el Cristianismo.

ENEAS

El héroe de la epopeya es quien más ha suscitado opiniones diversas: para algunos un ser sin voluntad, un autómeta, esclavo de los designios divinos, para otros un espíritu probado por el destino con la suficiente fortaleza para cumplir con la misión asignada, para nosotros un ser humano en constante búsqueda, con el alma abierta a la divinidad, con una conciencia moral siempre atenta. Los dioses llaman, pero los oídos deben estar atentos a ese llamado. No es una fuerza exterior la que impulsa, sino una fuerza interior capaz de percibir esos estímulos: el movimiento se engendra en la interioridad del hombre. Dios habla, sólo algunos escuchan.

Virgilio ha destacado en el troyano más que su condición de guerrero su condición de *homo pius*; más que al victorioso, al hombre con sus vacilaciones, dudas y obligaciones, momentos de debilidad y angustia; rompe en este aspecto con los esquemas tradicionales y actuales del héroe.

En Eneas se da la inspiración y la sugestión divina iluminando la conciencia, y el sujeto en un examen constante de su obligación moral que le exige olvidarse de sí mismo para cumplir con su responsabilidad de caudillo y gobernante, fundador de un orden nuevo que en el devenir histórico se traducirá en la misión del romano:

**"tu regere imperio populos, Romane, memento
(hae tibi erunt artes), pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos"**

VI, 851-853

Los titubeos y vacilaciones de Eneas lo humanizan; el descubrimiento del deber, del objetivo irrenunciable que guiará su acción no es fácil, necesita de la prueba del dolor y de la superación de las grandes tentaciones: la riqueza, el poderío, el placer. Recién en el libro VI, en el descenso a los infiernos, en el lugar de las sombras, encuentra la luz, la revelación. Este descenso sólo le es posible a Eneas por su condición de pius, por su sondeo constante, por su búsqueda afanosa, por salir incólume e íntegro moralmente de todas las pruebas, tentaciones y torturas espirituales al que es sometido. Esta revelación no se da como una solución mágica, sino como la génesis propia, de todo descubrimiento, de toda creación, ya sea una creación artística, un descubrimiento científico o el hallazgo de un imperativo interior o la revelación de designios divinos.

La conciencia moral de Eneas se adecua de esta manera a la ética estoica que exige una voluntad humana inquebrantable y cuyo ideal de sabio se basa en una energía volitiva excepcional.

Virgilio, como humanista preocupado por los interrogantes del alma humana, se adentra en los misterios del ser. Sus criaturas en su mundo individual y social, en su relación con la divinidad, hallan también su interioridad espiritual, y en ella la noción de un imperativo moral que los hace conscientes de la responsabilidad de sus actos engendradores del bien y del mal. Ante sus propias conciencias reconocen el pecado como violación voluntaria de la justicia divina y como un acto de libertad que produce sufrimientos. Virgilio, aun admitiendo el recóndito misterio del fatum, concede al hombre su mérito o culpa individual. Exige en Eneas un ideal ético de una gran fortaleza de espíritu, que aun en medio de las tempestades sepa vencerse a sí mismo y hallar el camino justo a pesar de las vacilaciones propias del ser humano, aunque ello signifique un total renunciamiento a sus aspiraciones personales. A los demás no les pide tanto, pero al exaltar el dolor como dignificador del hombre intuye el misterio de la crucifixión de Cristo.

NOTAS

- 1.- Mondolfo, Rodolfo: **La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua.** Bs. As. EUDEBA, 1969.
 - 2.- Haecker, Teodoro: **Virgilio, padre de occidente.** Traducido por Valentín García Yebra. Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1945.
 - 3.- Ernout et Meillet: **Dictionnaire Etymologique de la Langue Latine.** IV Édition, Paris, Editions Klincksieck, 1979.
 - 4.- Haecker, Teodoro: **opus cit, p. 138.**
 - 5.- Ernout et Meillet: **opus cit.**
 - 6.- **Ibidem**
 - 7.- Quintela Ferreiro, L.J.: **Notas sobre el libro IV de la Eneida.** En: **Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos, 1968.**
 - 8.- Espinosa Polít, Aurelio: **Virgilio. El poeta y su misión providencial.** Quito, Ed. Ecuatoriana, 1932, cap. XVIII.
 - 9.- Duckworth, George: **Structural Patterns and proportions in Vergil's Aeneid.** Michigan, 1962.
- **El texto latino sigue la siguiente edición:**
- Vergile: Énéide. Texte établi par Henri Goelzer. Paris, Les Belles Lettres, 1964.**